

Editorial

«Presente y futuro de las metrópolis»

El siglo XX ha visto un desarrollo urbano sin precedentes. La urbanización se ha extendido por todos los rincones del planeta, llegando a representar el medio dominante en el que habitan los seres humanos. Las redes de urbanización, anteriormente limitadas a determinados lugares, se han extendido sobre prácticamente el mundo entero (excepto parte del continente africano). Se ha producido una auténtica inversión en la topología del paisaje: lo «urbano» ha pasado de ser una isla en la inmensidad del océano rural, a representar la globalidad del espacio en el que se insertan áreas naturales o agrarias más o menos aisladas. En la actualidad más de 2.500 millones de personas habitan en áreas urbanizadas, frente a 750 millones en 1950 y los 215 millones de 1900. La población urbana, por tanto, ha pasado de representar un 13% al iniciarse el siglo pasado hasta situarse en cerca del 50% en la actualidad.

El crecimiento de las ciudades ha sido, asimismo, espectacular. El número de centros urbanos¹ con una población superior al millón de habitantes ha llegado a 284² a finales de siglo, concentrando un 13,8 % de la población mundial. Por su parte las áreas urbanizadas de más de un millón de habitantes se elevaban, hacia el cambio de siglo, a 313, representando una población de más de 1.000 millones de habitantes, un 16,8% de la población del conjunto del planeta³.

En este mismo período, el siglo XX, el fenómeno urbano ha cambiado de escala, produciéndose un proceso de expansión que no sólo ha desbordado los límites administrativos tradicionales (municipios, comunas, comarcas, etc), sino que también ha llegado a invadir regiones enteras. La metropolitanización del crecimiento urbano ha sido, por tanto, el rasgo principal de ese proceso. Las megalópolis que anunciaba GOTTMANN (1961) son en la actualidad una realidad a escala planetaria. Según distintas fuentes, las metrópolis mundiales con una población superior a 10 millones de habitantes se sitúan, en la actualidad, entre 14 y 25.⁴ La metropolitanización ha caracterizado, por tanto, el desarrollo urbano del siglo XX. Especialmente en Asia, América Latina e incluso África.

En Europa y América del Norte, en cambio, la expansión urbana ha evidenciado, ya desde hace varias décadas, signos de aparente agotamiento. Primero fueron los grandes centros metropolitanos los que empezaron a perder población, pero, más adelante, fueron las metrópolis enteras las que denotaron síntomas de desaceleración del crecimiento, que llegó a ser negativo en algunos casos.

En el primer mundo las estructuras urbanas forjadas a raíz de la revolución industrial del siglo XIX, y caracterizadas por la concentración de la industria y por las migraciones campo/ciudad, entraron en crisis a mediados del siglo pasado. La mejora del sistema de transporte, primero, y la revolución tecnológica después, han removido hasta sus cimientos la morfología y el funcionamiento de estos artefactos humanos que llamamos ciudades. La proliferación de los procesos de suburbanización, la exportación de las actividades industriales a coronas cada vez más alejadas de los centros tradicionales, la generación, en suma, de periferias interminables ha hecho pensar a la mayoría de los especialistas que la época de las ciudades había llegado a su final: de fuente de pro-

¹ Nos referimos aquí, tan sólo, a ciudades. No a áreas metropolitanas ni otro tipo de aglomeraciones urbanas.

² The World Gazetteer (<http://www.world-gazetteer.com/stath.htm>). Otras fuentes reducen ligeramente ese número de ciudades, como por ejemplo Enciclopedia Británica 2001 (234 ciudades).

³ <http://www.demographia.com/db-wldurb-2000r.htm>. Consultado el 10 de junio de 2003.

⁴ La acusada diferencia entre las fuentes consultadas se debe a la dificultad de aplicar un estándar internacional uniforme debido a la heterogeneidad de fuentes estadísticas.

Editorial

«Presente y futuro de las metrópolis»

El siglo XX ha visto un desarrollo urbano sin precedentes. La urbanización se ha extendido por todos los rincones del planeta, llegando a representar el medio dominante en el que habitan los seres humanos. Las redes de urbanización, anteriormente limitadas a determinados lugares, se han extendido sobre prácticamente el mundo entero (excepto parte del continente africano). Se ha producido una auténtica inversión en la topología del paisaje: lo «urbano» ha pasado de ser una isla en la inmensidad del océano rural, a representar la globalidad del espacio en el que se insertan áreas naturales o agrarias más o menos aisladas. En la actualidad más de 2.500 millones de personas habitan en áreas urbanizadas, frente a 750 millones en 1950 y los 215 millones de 1900. La población urbana, por tanto, ha pasado de representar un 13% al iniciarse el siglo pasado hasta situarse en cerca del 50% en la actualidad.

El crecimiento de las ciudades ha sido, asimismo, espectacular. El número de centros urbanos¹ con una población superior al millón de habitantes ha llegado a 284² a finales de siglo, concentrando un 13,8 % de la población mundial. Por su parte las áreas urbanizadas de más de un millón de habitantes se elevaban, hacia el cambio de siglo, a 313, representando una población de más de 1.000 millones de habitantes, un 16,8% de la población del conjunto del planeta³.

En este mismo período, el siglo XX, el fenómeno urbano ha cambiado de escala, produciéndose un proceso de expansión que no sólo ha desbordado los límites administrativos tradicionales (municipios, comunas, comarcas, etc), sino que también ha llegado a invadir regiones enteras. La metropolitanización del crecimiento urbano ha sido, por tanto, el rasgo principal de ese proceso. Las megalópolis que anunciaba GOTTMANN (1961) son en la actualidad una realidad a escala planetaria. Según distintas fuentes, las metrópolis mundiales con una población superior a 10 millones de habitantes se sitúan, en la actualidad, entre 14 y 25.⁴ La metropolitanización ha caracterizado, por tanto, el desarrollo urbano del siglo XX. Especialmente en Asia, América Latina e incluso África.

En Europa y América del Norte, en cambio, la expansión urbana ha evidenciado, ya desde hace varias décadas, signos de aparente agotamiento. Primero fueron los grandes centros metropolitanos los que empezaron a perder población, pero, más adelante, fueron las metrópolis enteras las que denotaron síntomas de desaceleración del crecimiento, que llegó a ser negativo en algunos casos.

En el primer mundo las estructuras urbanas forjadas a raíz de la revolución industrial del siglo XIX, y caracterizadas por la concentración de la industria y por las migraciones campo/ciudad, entraron en crisis a mediados del siglo pasado. La mejora del sistema de transporte, primero, y la revolución tecnológica después, han removido hasta sus cimientos la morfología y el funcionamiento de estos artefactos humanos que llamamos ciudades. La proliferación de los procesos de suburbanización, la exportación de las actividades industriales a coronas cada vez más alejadas de los centros tradicionales, la generación, en suma, de periferias interminables ha hecho pensar a la mayoría de los especialistas que la época de las ciudades había llegado a su final: de fuente de pro-

¹ Nos referimos aquí, tan sólo, a ciudades. No a áreas metropolitanas ni otro tipo de aglomeraciones urbanas.

² The World Gazetteer (<http://www.world-gazetteer.com/stath.htm>). Otras fuentes reducen ligeramente ese número de ciudades, como por ejemplo Enciclopedia Británica 2001 (234 ciudades).

³ <http://www.demographia.com/db-wldurb-2000r.htm>. Consultado el 10 de junio de 2003.

⁴ La acusada diferencia entre las fuentes consultadas se debe a la dificultad de aplicar un estándar internacional uniforme debido a la heterogeneidad de fuentes estadísticas.

Megaciudades Mundiales

Enciclopedia Britannica		The World Gazetteer		Demographia	
Ciudad	Población	Ciudad	Población	Ciudad	Población
Tokio	27.242.000	Tokio	31.139,9	Tokio-Yokohama	33.190.000
México	16.908.000	Filadelfia	30.286,9	Nueva York	20.270.000
Sao Paulo	16.792.000	México	21.233,9	Seúl-Inchon	19.290.000
Nueva York	16.390.000	Seúl	19.969,1	México	19.620.000
Bombay	15.725.000	Sao Paulo	18.847,4	Sao Paulo	17.720.000
Shangai	13.659.000	Yakarta	17.891,0	Bombay	17.580.000
Los Ángeles	12.576.000	Kyôto	17.621,5	Osaka-Kobe-Kyôto	16.930.000
Calcuta	12.118.000	Dilli	17.037,9	Los Ángeles	16.200.000
Buenos	11.931.000	Bombai	17.012,1	Manila	14.140.000
Seúl	11.768.000	Los Ángeles	16.809,8	Cairo	14.000.000
Yakarta	11.500.000	Al-Qahira	15.892,4	Calcuta	13.940.000
Beijing	11.414.000	Kolkata	14.090,2	Delhi	13.720.000
Lagos	10.878.000	Manila	13.790,9	Sanghai	13.580.000
Tianjín	10.687.000	Buenos Aires	13.076,3	Buenos Aires	13.390.000
Osaka	10.618.000	Sanghai	12.039,9	Yakarta	13.330.000
Delhi	10.298.000	Moskva	11.970,5	Beijing	13.160.000
Río de Janeiro	10.264.000	Río de Janeiro	11.437,1	Moscú	13.100.000
Karachi	10.119.000	París	11.330,7	Londres	13.120.000
		Rhein-Ruhr	11.265,9	Karachi	11.020.000
		Teherán	11.224,8	Río de Janeiro	10.810.000
		Londres	11.219,0	Teherán	10.740.000
		Milwaukee	11.042,1	París	10.600.000
		Karachi	10.537,2	Estambul	10.430.000
		Dhaka	10.356,5	Lagos	10.030.000
		Estambul	10.048,9		

greso y desarrollo, las ciudades se habrían convertido en estructuras gigantescas cada vez menos eficientes. De las economías de aglomeración habríamos pasado a las economías de desaglomeración (KRUGMAN).

Dicho fenómeno de «agotamiento» del crecimiento metropolitano, que algunos autores han denominado contraurbanización (BERRY, 1976), desurbanización (VAN DER BERG, 1982), o, más en general, «decaimiento urbano», ha representado, en buena medida, el signo de los tiempos en lo que se refiere a la evolución presente de las ciudades más desarrolladas. Fenómeno que no debe ser interpretado como un límite al desarrollo urbano, sino muy al contrario como una nueva fase del mismo: la generalización del proceso urbanizador a la práctica totalidad del territorio. La urbanización, como se ha indicado al principio de esta presentación, se ha extendido por todos los rincones. La oposición «campo / ciudad» ha dejado de tener significado, en cuanto ésta ha engullido, ha fagocitado, los espacios antes no urbanizados. Nueva dinámica que los especialistas han caracterizado de formas diversas: «rururbanización» (BAUER); «ciudad difusa» (INDOVINA); «edge cities» (GARREAU), periurbanización de las metrópolis (DEMATTEIS); o «metápolis» (ASCHER).

Más allá de este discurso, numerosos pensadores, provenientes en su mayor cuantía del campo de la ecología, han alertado sobre los nocivos efectos que los procesos de me-

tropolitanización y dispersión de la urbanización («sprawl») pueden tener para el futuro de la humanidad. El consumo creciente de ese recurso escaso que es el suelo, la inmovilización en estructuras urbanizadas y edificadas de contingentes crecientes de materia y energía, el consumo exponencial de energías no renovables, la emisión de gases invernadero, la contaminación progresiva de las aguas continentales y oceánicas, y la generación monstruosa de residuos no reciclables ha ido desarrollando la conciencia cada vez más arraigada de que el modelo de urbanización con el que nos enfrentamos no es ni puede ser sostenido por el planeta.

La tierra, ese lugar del que los humanos somos tan sólo usufructuarios, no propietarios, y del que tenemos la obligación de preservar, conservada y mejorada, para generaciones futuras, puede estar en riesgo debido al modelo económico-urbanístico que nos hemos dado. Ese bien común que es el planeta puede verse esquilmo por el ánimo de «lucro» y de «calidad de vida» de la sociedad del bienestar. Tal vez estemos, así, en el límite de la «capacidad de carga» que el planeta puede soportar. Y entonces la «tragedia de los comunes», difundida por HARDIN (1968), puede comenzar a ser realidad.

La ciudad, como el conjunto de la sociedad humana, es un ecosistema. Y como todo ecosistema intercambia materia, energía e información con el medio en el que se inserta. En este sentido el tenaz olvido de las implacables leyes de la termodinámica, y muy especialmente de su conocido segundo principio, de producción creciente de entropía, puede devenir en locura irreversible. Sólo poseemos el «capital» natural que hemos heredado. Dilapidarlo, con nuestra actual forma de vida urbana, no sólo demuestra un egoísmo que bien podría ser considerado una esquilmo de «caudales públicos», sino también nuestra propia limitación como especie.

¿Estamos en el albor de una nueva era de la humanidad caracterizada por la decadencia inevitable de nuestro ecosistema-ambiente?

Frente a esta visión pesimista sobre el futuro no sólo de las ciudades, sino de la sociedad humana en su conjunto, algunos autores piensan que en los últimos años ha ido emergiendo un nuevo modelo de desarrollo económico y social. Desde este punto de vista, a la economía fordista e industrial le sucedería no el mundo terciarizado, entrópico y esquilmo; de la sociedad postindustrial, sino un nueva formación espacio-temporal: la sociedad del conocimiento. «Smart development». Un nuevo paradigma en el que los centros urbanos, las ciudades, adquirirían un nuevo protagonismo. En la era de internet, en el contexto de la nueva revolución que han introducido las nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones (TIC), las ciudades, lejos de disolverse en el territorio, tal como se había augurado, podrían resurgir con fuerza poderosa gracias a la concentración de las actividades que, en el momento presente, generan un más elevado valor añadido: las vinculadas al desarrollo científico y tecnológico. En la época en que las máquinas van substituyendo de forma creciente el trabajo humano, la «cultura» y el «conocimiento» marcarían el hecho diferencial. El capital del conocimiento humano escaparía, así, a la ley universal de la entropía, al no estar sometido a depreciación. La economía de los «intangibles» iría adquiriendo, de esta manera, un protagonismo especial. Y, en este contexto, son muchos los analistas que piensan que los centros urbanos, compactos y densos, lugar de comunicación y encuentro, fábricas de conocimiento, volverán a ocupar de nuevo el papel de motor de la sociedad. Las ciudades del conocimiento representarán el corazón de la nueva sociedad de la información, enterrando de forma definitiva las viejas estructuras heredadas de la revolución industrial.

Sea o no eso cierto. Estemos en vísperas de una nueva extinción (o, cuando menos, de una decadencia irreversible) o seamos capaces de evitar la tragedia del crecimiento megalopolitano y disperso, insostenible, por medio del alumbramiento de una nueva sociedad: esos son los temas del debate urbano actual. El debate que afrontó el 1er Congreso Internacional sobre Ciudad y Territorio, «La Metrópolis. Presente y Futuro» que organizó el Centro de Política de Suelo y Valoraciones de Universidad Politécnica de Cataluña durante el mes de junio de 2003, y del que los artículos que a continuación se presentan son una buena muestra.

Josep ROCA CLADERA
CPSV-ETSAB-UPC